***La Máquina de los recuerdos***

I.

Soy Cristobal Antillo, egresado de derecho, vivo en Santiago, Chile.

Al igual que en la edición anterior, mi texto tendrá que ver con el lado menos glamoroso de la ciencia ficción; en este caso, vinculado a un futuro distópico del año 2100 donde no gozaremos de las comodidades que nos entrega la tecnología, ni en el atractivo clásico que el género de ciencia ficción suele proyectar sobre esta clase de temas cuando imaginamos el mundo del mañana.

Este texto tiene la intención de recordar y valorar lo que ya tenemos en la actualidad, a lo que nos exponemos en caso de tomar decisiones equivocadas, y al rol que la tecnología podría tener en una realidad distópica donde lo más importante es la capacidad de resiliencia y la fortaleza para sobrellevar una carga emocional gigantesca que recae sobre la sociedad entera.

II.

**La máquina de los recuerdos.**

**Día 1**

Despierto por la mañana con la mente descompuesta, con una profunda fatiga y confusión, en una densa neblina que es boca de eternidades hilvanando melodías. Ahí estoy yo, soñando y viviendo a la vez. No sé exactamente en qué orden.

Miro a mi alrededor y reconozco las gélidas paredes que me han acompañado los últimos 30 años, las mismas luces, las mismas sombras, las mismas líneas aleatorias que al unirse entre sí forman en mi imaginación el rostro de un anciano – Así se hubiera visto mi padre – O al menos, de eso me convenzo a diario para recordarlo.

El presente es asfixiante y el mañana está escrito. Al menos para nosotros los mayores: Estaremos aquí, “viviendo” o fingiendo hacerlo hasta el día que nuestros cuerpos anhelantes de la libertad de antaño, deseosos de caminar por una pradera o de disfrutar un día en la playa; cedan ante la miseria de la realidad y perezcan, como ya pasó con la mayoría de mis seres queridos.

¿No hubiera sido mejor aceptar nuestro destino e inclinarse ante el ataque? ¿No hubiera sido más humano empaparnos lentamente de la terrible lluvia radioactiva? Quizás sí, pero somos animales, que, aunque racionales y capaces de crear lo más maravilloso y a la vez lo más dantesco, tenemos el instinto de supervivencia intacto. Podrán pasar las décadas, siglos, milenios, y ahí estaremos, tratando de sobrevivir a toda costa, tratando de imitar a los dioses jugando a la inmortalidad.

Ya son las 9am, hora de despertar. Claramente funcionamos por convención y no por la luz. Olvidamos como era la luz solar.

Voy al comedor y me siento. Me alimento de las mismas galletas insípidas pero perdurables – aunque, siendo sincero, se ven como si las hubiera ido a comprar ayer al negocio de la esquina al que me mandaba mi madre –. Mastico lentamente mis 3 galletas y es suficiente, estoy acostumbrado al racionamiento que no nos deja más de 1000 calorías al día.

Suena la alarma y me llaman: “Pedro, diríjase a la puerta N°5, la máquina está lista”.

Me dirijo rápido y con algo de ansiedad a la sala, saludo a Kathy, la ayudante de la ingeniera a cargo del mantenimiento de la máquina.

–¿Otra vez sola? – le pregunto mientras veo su cara de descontento.

–¿Cuándo viste a una ingeniera ayudarle a una técnico? – me contesta con ironía y asomando una sonrisa, aunque sin hacer contacto visual conmigo.

–Disfruto mi trabajo, se me contagia la risa de mis pacientes durante el procedimiento – me confiesa.

Se sienta en una pequeña silla al costado y hace un gesto para que me acerque a la máquina, me conecta el casco que enviará la señal a mi hipocampo y enlaza los correspondientes cables y válvulas. Ya estando todo listo, me pregunta – ¿Qué edad vas a elegir?.

–Mis 10 años – le respondo.

Kathy empieza la cuenta regresiva y al cabo de un 3, 2, 1… Mi mente se sumerge.

Estoy jugando fútbol en la plaza de al frente de mi casa, mis cuatro mejores amigos: Pipe, Alfredo, Enzo y mi mejor amigo, Seba. Estamos sudorosos, embarrados, sedientos de agua y hambrientos de gloria, soñando con hacer un gol a estadio lleno con nuestro equipo favorito; esos sueños estúpidos y hermosos que teníamos en mi país.

Una hora y media de partido a 30 grados de calor, tengo las rodillas raspadas por una barrida que le hice a Seba y de la cual se burló, porque la esquivó e igual hizo el gol. Le digo que es solo porque es dos años mayor que yo, que ya le ganaré.

No pueden desanimarme, esta tarde estoy inspirado. Voy por la izquierda, después por la derecha, hago un amague con el cuerpo y le pego al balón fuerte y abajo. Sin dudas, el premio “Puskas” del día. Le dedico a mi amigo una mirada desafiante, mientras ambos nos reímos en una mezcla perfecta de competitividad y complicidad.

En medio de la locura de nuestro partido, la pelota golpea por accidente, aunque con violencia el auto del vecino que estaba estacionado al cruzar la calle. Don Gregorio se asoma por el balcón cuan ogro furibundo, rápidamente baja y nos quita el balón mientras todos corremos en distintas direcciones.

Pasan 15 minutos y el plan está listo: La pelota está en el jardín del ogro. Seba ayuda a impulsarme desde la pared contigua y corro con vehemencia a recuperar lo mío. Recupero nuestro tesoro y corremos lo más lejos posible de ese lugar en medio de risas, éxtasis y adrenalina.

Salgo del trance, escucho la voz de Kathy. Me acerca el típico algodón con ese líquido de olor desagradable para que despierte.

–¿Te contagié mi risa? – bromeo.

–Sí, parecías un niño de 10 años recuperando un balón – se ríe.

Salgo de la sala 5, voy a la biblioteca y me pongo a leer un clásico de la filosofía: El Leviatán de Hobbes. En su descripción brillante del estado de naturaleza veo lo que pasó hace 30 años.

–El contrato social obviamente falló – cierro el libro con la frustración que nuestra sociedad no hubiera visto algo que vio este sujeto hace 450 años.

Se me hace tarde y voy a cenar. Comparto una lata en conserva y mi deleite radica en una cucharadita de miel. Es hora de dormir.

**Día 2**

Despierto por la mañana nuevamente con la mente descompuesta, con una profunda fatiga y confusión, en una densa neblina que es boca de eternidades hilvanando melodías. Ahí estoy yo, muriendo y soñando a la vez. No sé exactamente en qué orden.

Llevo décadas en el mismo lugar, lo conozco de memoria. Treinta y tres pasos desde mi habitación de 7 metros cuadrados al comedor. Doce pasos al baño común de nuestro piso.

El tiempo y la experiencia ha hecho lo suyo y me he vuelto algo misántropo. A veces converso con Jorge de la pieza de al lado, pero somos muy diferentes, no he conocido persona más seria y carente de emoción. Hay cordialidad, pero no somos amigos. Con el resto casi no hablo. Hay un par de niños de la familia Carrasco y Leiva del segundo piso que deberían hacer este confinamiento más caótico e interesante, pero siempre están callados y sospecho que tienen un espíritu más viejo que nosotros.

No quise desayunar y fui directo a la biblioteca. Me puse a leer otro clásico: “Así habló Zaratustra”, de Nietzsche. Me complica porque me gusta y desagrada a la vez. Para todos es una realidad que en esta sociedad Dios murió, y con ello, la moral que venía sujeta a su figura. ¡Hicimos la anhelada transvaloración de todos los valores! Quizás somos los superhombres que el autor describe… Pero – ¿soy feliz…? – Mi efímera emoción se desvanece rápido.

– Pedro, diríjase a la puerta N° 5, la máquina está lista – Se escucha en el parlante.

Abro la puerta y para mi sorpresa no está Kathy, sino Karin, la ingeniero a cargo de la mantención de la máquina. Nos saludamos fríamente y el procedimiento es rápido, conecta los cables, pone el casco, hasta que finalmente pregunta:

–¿A qué edad? –

–A los 18 por favor – respondo con seguridad…

Estoy en mi casa, mi mamá se despide de mí con un tierno abrazo de esos que sólo una madre puede dar. Salgo con mi papá en auto rumbo al cerro para hacer deporte; pero mi mente no está en el cerro sino en Valentina, mi novia que vive lejos y que mis padres aun no conocen en persona: una morena radiante con un largo y anochecido cabello que llega hasta su cintura, de quien estoy perdidamente enamorado – ¿Será su cara? ¿Su carácter gentil pero imponente? ¿Será su sentido del humor? – No lo sé, ni me importa. Sólo sé que me encanta.

Después de media hora de viaje estando en las nubes, me doy cuenta de que no vamos al cerro.

–¿A dónde vamos papá? – le pregunto extrañado.

–Ayer caminé todo el día y estoy cansado, así que pensé en otro panorama – me dice con una sonrisa de por medio que no puede disimular.

Llegamos a una estación de buses, al andén 44, y sin entender nada escucho de repente un grito.

–¡Pedro! ¡Pedro! –

Veo a Valentina acercándose, corriendo; se me lanza encima y nos damos un beso digno de película de Hollywood.

De vuelta a casa nos vamos riendo, cantamos hasta quedar sin voz, y ya llegando a casa preparamos unas pizzas para compartir con mis padres y Valentina. Comemos hasta el hartazgo, armamos un círculo en el piso y sacamos un juego de mesa. El equipo Pedro/Valentina en una racha envidiable arrasa con el equipo de papá/mamá, siendo el marcador final un 5-1.

El cansancio es tal que nos quedamos dormidos en el sofá con Valentina, uno al lado del otro, frente a frente y con las piernas entrecruzadas.

Abro los ojos y veo que Karin tiene el algodón debajo de mi nariz.

Sin procesar nada y solo con el shock de la vuelta al mundo real estallo en llanto.

–Ella no tenía refugios cerca – Me digo a mí mismo.

Karin hace su mejor intento por calmarme, me cuenta que al parecer hicieron contacto con gente de afuera y que quizás mañana sabremos si finalmente es seguro para salir. Lo que no sabe es que esos cuentos de fantasía para mí son en vano. He escuchado mil veces esa misma historia, mil veces han sido errores, o sujetos contaminados con radiación desesperados, u hombres errantes que aun no estando terminales, buscan asentamientos para robar y amedrentar.

Me levanto, y trato de recoger la poca honra que me queda frente a Karin para salir de la sala N° 5. Hoy no quiero cenar, solo dormir.

**Día 3:**

Despierto por la mañana con la mente descompuesta, con una profunda fatiga y confusión, en una densa neblina que es boca de eternidades hilvanando melodías. Ahí estoy yo, en estos días idénticos, agonizante pero respirando a la vez. No sé exactamente en qué orden.

Hay más bulla de lo usual. Expectación diría yo. Siguen creyendo que quizás es seguro para salir y que pudieron establecer contacto con el exterior. Jorge (mi “cuasi amigo” de la pieza de al lado), me dice que habrían contactado con otros sobrevivientes, que serían miles y tendrían un contador Geiser para asegurarnos que es seguro. Según él no quieren decirnos aún para que no se arme un alboroto, pero que ya habría salido uno de nuestros hombres con uno de los pocos trajes de protección que quedan, y estaría pasando la segunda barrera de las tres que tiene el refugio.

–Seguramente morirá o lo matarán – Me digo a mí mismo.

Sin prestar demasiada atención, me marcho. Ignoro a los incrédulos y como es usual, voy a la biblioteca.

Busco como siempre en la sección de clásicos. Escojo a Descartes. Le sigo el juego… Intento extrapolar a raíz de la subjetividad algo absolutamente objetivo.

Tengo la certeza de que mis sentidos no son confiables, porque en la máquina de la sala N°5 veo algo completamente distinto, en mis sueños pasa exactamente igual… ¿Qué pasa si en realidad esta situación es una horrenda pesadilla y mi realidad es lo que veo en la máquina o en mis sueños? Descartes tiene razón, solo soy una cosa que piensa, y francamente, en este momento, es lo único que quisiera no ser...

Prácticamente perdido en mis lamentos, de pronto siento a la tierra crujir; un terremoto, otra bomba, ¡Qué se yo! Salgo rápidamente de la biblioteca para ver qué pasa y mi sorpresa es mayor. La gente llora y se aglutina, se abrazan y se besan.

–¡Por fin! ¡Libertad! – es la frase que más escucho.

En un océano de personas – nunca dimensioné que fuéramos tantos – veo a dos metros de distancia al impertérrito Jorge, pero esta vez tiene los ojos llorosos y una sonrisa de oreja a oreja. Me doy cuenta: somos libres.

Al cabo de unos minutos, la estampida de humanos se dirige con ímpetu a la libertad. Con Jorge somos los más viejos y no nos quedó otra que ser los últimos de la fila. Paso la primera barrera, y siento que en lugar de 65 años tengo 40, paso la segunda barrera y ya me siento de 20; vamos por la tercera barrera y después de trepar un par de escalones me encandilo con luz. ¡Qué importa! Mis ojos se adaptarán, mi piel se acordará que alguna vez creció bajo el sol – me da un ataque de risa –.

Llegamos a la superficie, estamos en nuestra tierra. Todos los que hace una hora éramos totales desconocidos somos en este momento grandes hermanos. No importa el pasado, no importa el futuro, solo importa este momento, para mí, para nosotros, el más grande de la historia de la humanidad.

El reloj volvió a funcionar y no lo desaprovechamos. Reímos y cantamos en círculos hasta quedar sin voz.

Y aunque el escenario de jolgorio es absoluto, veo de lejos a los niños de la familia Carrasco y Leiva, que yacen ahí mudos, incómodos, y miran de reojo al refugio, como pidiendo desesperadamente volver a su hogar, como queriendo alejarse de este extraño nuevo mundo.

Pido en voz alta a mis grandes nuevos hermanos que me den algunas prendas. La alegría es total y todos acceden sin vacilar ni cuestionarse para qué ni por qué: llueven las chaquetas, poleras, bufandas. Tomo algunas, las amarro con un cordón y hago un balón de fútbol artesanal. Jorge me sigue la corriente e invitamos a jugar a los niños de la familia Carrasco y Leiva. Primero tímidos, luego curiosos, para finalmente jugar con el máximo entusiasmo y algarabía juvenil.

–Pedro, diríjase a la puerta N°5– Me parece escuchar levemente desde el interior del refugio.

Miro de reojo la escotilla del refugio, pero no me interesa; en lugar de ello miro a Jorge, le doy un pase corto, me la devuelve rápido y saco un derechazo que pasa justo por el borde interno del arco improvisado que pusimos con abrigos en el piso… ¡GOL!

Devuelvo mi mirada sobre Jorge, y por un efímero segundo creo ver a Seba, y siento como a mi alrededor revolotean Enzo, Alfredo y Pipe. Estoy acá, en el nuevo mundo, viviendo y jugando a la vez. No sé exactamente en qué orden.

III.

Mediante una prosa reiterativa y a ratos claustrofóbica, se buscó justamente transmitir esa sensación al lector… ¿Cómo sería vivir una vida que no tiene novedad alguna? ¿Cómo aguantaríamos un bucle en el cual no tenemos ninguna esperanza de salir?

Es en este contexto, que en el ingenio humano encontramos a la máquina de los recuerdos como la única manera de tolerar esa realidad abrumadora.

Durante el desarrollo del texto apreciamos como la mente humana va buscando respuestas, y al no encontrarlas coquetea con la locura; vemos como el pesimismo se va apoderando hasta del más optimista; y finalmente, como aquello influye en las relaciones sociales, que se muestran frías y deprimentes.

Se mencionan distintos autores según el estado anímico del protagonista; primero buscando una respuesta desde el ámbito político; luego vinculando con la idea del eterno retorno; para en el tercer día, tratar de buscar refugio en una interpretación antojadiza – pero necesaria en la mente del autor – sobre las reflexiones de Descartes, tratando de buscar consuelo que tiene cierta similitud con el segundo soliloquio de Seguismundo, de “La vida es sueño”, de Pedro Calderón de la Barca.

Cuando menos se espera, nos damos cuenta de que la vida es totalmente incierta, y que, en los peores momentos, cuando pensamos que todo está perdido, el mundo puede volver a sonreír.

De todas formas, queda una pregunta dando vueltas… ¿Elegir el mundo real, o seguir en la máquina de los recuerdos? Para mí, la respuesta es clara…

Menciones a textos:

Thomas Hobbes, Leviatán.

Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra.

Rene Descartes, Reflexiones.